

# Herradero en Valtablao

La finca de Benito Mora acoge un año más las labores camperas más festivas

## Comienza el trabajo

Juanvi Mora y dos vaqueiros vuelven de la hazaña rendidos, casi muertos tras separar los retoños de sus agresivas madres durante varias jornadas. Las últimas fuerzas aún se emplean en encerrar a los más de cincuenta mozalbetes que ya sin sus mamás han de ser marcados en los corrales de la agreste plaza de piedra, todo para ofrecerles una identidad, esa que en apenas unas horas les dará un hierro tintado en fuego colocado sobre su costillar y un nombre escrito a pluma en un libro testimonial. Honores reservados a contados animales.

Todo está preparado, el rito de generaciones vuelve a repetirse en la Sierra. Huele a fiesta, a acontecimiento importante, por eso no pocas gentes venidas de Guadalaviar, Zafrilla, Gea o Tragacete esperan sobre la arena la orden del ganadero para que uno a uno, los animales salten al ruedo y sean derribados a cuerpo limpio sobre la arena. Rudo trabajo el de estos hombres, cosa reservada a gentes generosas en el esfuerzo, en el valor y en el sentido del humor, necesario para aguantar las tarrascadas de algún ejemplar crecido que exige mayor brío y quizá osadía. Y entre golpes, risotadas y no pocas carreras, los becerros van saliendo a regañadientes de las apreturas del corral. Los más listos al final. Don Benito, con su libro de notas reseña los nuevos hijos de la Sierra. Mientras, la veterinario oficializa el acto. Y se escucha en voz alta: "46. Aldeanito". Y el fuego se traslada de la hoguera a la piel del recién bautizado en la fe del toro. Como es macho, el hierro de la casa en la parte inferior, junto al anca. El de la Asociación encima. Las vacas lo invierten por costumbre de la casa. Y tú, mientras, hueles la tierra removida de la plaza, la piel quemada de los encastados Coquillas y el aroma inconfundible de esta recia naturaleza, y piensas en el destino de ese becerro lucerito que correrá el encierro de Orihuela, o el de Orea o quien sabe si dará gloria a su ganadero en alguna plaza de relumbrón. Y lo ves marchar en soledad hacia el campo tras la faena. Va escocado, dolorido y sin la conciencia de saberse un toro bravo de la Sierra.



Bajo estas líneas Benito Mora flanqueado por sus dos hijos tras haberse celebrado el herradero. Debajo distintos momentos vividos en la jornada festiva vivida en Valtablao



Algunos valientes se atreven a parar a cuerpo limpio la embestida de las reses para que una vez en el suelo sean marcadas. Una vaca con trapío arremete contra varios mozos. Al lado, los hierros se ponen al rojo vivo antes de rozar la piel de los astados. Debajo se procede a poner el hierro de la casa y los guarismos que reseña el reglamento en los costillares del animal. En la fotografía inferior se ve a Benito Mora tomando nota de los animales que se están marcando. A la derecha de la página se observa el guiso de gazpacho serrano con el que se invitó a los asistentes tras desarrollar el trabajo propio del herradero



## Lento, antiguo y silencioso es el trasegar del ganado

TEXTO y FOTOS:  
FRANCISCO BELMONTE

Un herradero de reses bravas en la Sierra de Albarracín, en la vieja casa ganadera de don Benito Mora, mantiene aún hoy un halo misterioso y sugerente que inevitablemente te une al pasado y te traslada en cada suspiro y en cada mirada a ese tiempo en el que la naturaleza, los animales y el hombre aún convivían en íntima armonía. Todo huele a antiguo en Valtablao, y por ende a verdadero, y todo está sometido al dictado de la tradición, que es apreciable, por ejemplo, en la sobriedad y

vetustez de las instalaciones, también en las labores camperas, de las que están desterrados esos melifluos artefactos que hacen todo más llevadero, o incluso en el guiso con el que restañar fuerzas tras el sudoroso herradero: Gazpacho serrano con rebollones. ¡Qué lujo culinario!

En Valtablao, la finca hermosa en la que los Mora miman al toro allá por las estribaciones de los Montes Universales, todo además es más lento y cadencioso, como el tiempo antiguo, y también silencioso, de ahí que el trasegar de ganado hacia la plaza de tientas,

escenario del herraje de los nuevos mocitos de la casa, se nos antoje una peregrinación envuelta en sigilo y sosiego solo roto a veces por las voces roncas y rendidas de los vaqueiros, cuyo trabajo se arrastra desde varios días atrás. Y es que el herraje comenzó a lomos de tres caballos españoles que trotaron las casi 5000 hectáreas que ocupa la finca en busca de las vacas y sus crías, dispersas todas ellas en busca de pasto. Silencio y cadencia en el andar de los caballos, antigüedad de una tradición que cada año repite su compromiso ineludible y secular con la Fiesta.